

ARTE Y LITERATURA

DUVIRGEN

(CUENTO)

Yo tengo fama entre los amigos de alegre, atrevido, seductor y ese sin fin de cosas que nos hacen envidiables a los ojos de los demás hombres; pero voy a contaros como la expresión de una cara ha demostrado que no soy más que un pobre niño ingénuo.

Estaba yo en una fiesta que se daba en el consulado de C. en Barcelona. Baile de alta sociedad, en el jardín, donde estaban las más bellas mujeres de España; personalidades nacionales y extranjeras y un amigo mío, más envidioso que bueno, que, con acento de desafío, me dijo: — ¿Ves aquella muchacha morena? Tiene una hermana que es una perfección. Apuesto a que no logras ni una palabra de ella.

Como respuesta al reto me dirigí, tranquilamente, hacia un vestido azul que dejaba semidescubierta una linda espalda morena.

—.. Señorita...

—¿Diga?

Se había vuelto quedando frente a mí. No sé si la pregunta salió de los labios o sólo de los ojos. Me quedé mudo al ver su cara; bonita, sonriente y sobretodo expresiva, hasta tal extremo, que al ver que yo no hablaba, fueron pasando por ella, sin decir nada, la interrogación, la burla, y luego una franca risa.

Parecía hecha de nubes, como si al menor soplo de pensamiento cambiase de forma. Estaba embobado mirándola. No se puede saber como es; sólo se ve en ella pensamientos que toman como campo de expansión su deliciosa carita. Me repuse un poco de la impresión que me causó.

—Usted perdóne, me llamo Javier...

—Yo Duvirgen. ¿Qué le pasa? ¿Se marea?

A otra le hubiese contestado con una galantería, más o menos galante; pero aquella vez, la primera y única que me he sentido verdaderamente trastornado ante una mujer, contesté seriamente, supongo que con una cara horrible de cabeza hueca, sin tonalidad en la voz:

—¡Oh! ¡no! Me encuentro bien.

Y seguí de carrerilla, como un niño que dice de memoria una lección que no entiende.

— Me han dicho que tiene una hermana preciosa y quisiera que me la presentase usted.

Ví como una carcajada burlona pasaba por los ojos y los labios de la endemoniada Duvirgen, silenciosa gracias a un esfuerzo. ¡Una chiquilla se burlaba de mí, el gran seductor!

—Bueno, se la presentaré.

Sonreía abiertamente y en sus labios llameaba una ironía tan intensa que sentí herido mi amor propio. Y ¿para qué hablaba? ¡Si lo que iba a decir se sabía con sólo fijarse en su cara divina! Me examinaba descaradamente, aprovechándose de mi *aturullamiento*. Se dió cuenta de mi turbación y se quedó frente a mí, con la cabeza ligeramente echada para atrás, como si contemplara su obra. Yo la miraba más atontado cada momento. No sabía que hacer con las manos. ¡Cómo me estorbaban! El cuello de la camisa me ahogaba, los pies no querían moverse y las mejillas me ardían. Tenía la cabeza como dolorida del esfuerzo hecho para coordinar alguna frase; pero sólo notaba un vacío inmenso... y seguía mirando aquella cara que sonreía, preguntaba y compadecía. En ese rato no dijo nada y yo oí dos siglos de charla. Y seguía mirándome. No le importaba la gente ni nada. Sólo el que yo estuviese pasando un rato infame, como si me encontrase ante unos embiles jueces, sudando de angustia, nervioso, aterrorizado de que la tierra, una vez misericordiosa, no se me tragara. Con burla hasta en sus zapatitos de raso, se volvió lentamente y en sus hombros, que me extrañó ver no acababan en alas, tembló una carcajada.

Me había muerto cien veces por inmovilización del corazón; de

VIEJA LÁGRIMA

YO tenía en los labios alguna canción triste...
Era mi alma su sombra florida de ilusión;
transparente en la noche, que tenía aún de plata
las lilas que bailaban en nuestro corazón.

Al volver al recuerdo creía haberla hallado
tocando en mi amargura una música maga,
abandonada y frágil; apenas insensible
a la fina tristeza de una lágrima vaga.

Bajo la tenue sombra de aquel sauce lloroso
(¿por ella?, si supiera...) era el agua un espejo
que, poniéndose malva, quería silenciarme
su fugaz rostro, dulce con el postrer reflejo...

F. M. J.

vergüenza; impotencia; de odio a la sociedad que no me permitía echar a correr, sin parar, hasta encerrarme en mi habitación y tarme la cara con la almohada para no ver a Duvirgen.

¡A Duvirgen! de la cual sólo sé lo que piensa y lo que cree. Es un espejo del diablo que ve, no sólo en su cara, sino en toda ella: los pies, pasando por las manos y la cintura, hasta la raíz del cabello. Hice un esfuerzo más y me tranquilicé... algo. Ya volvía con una morenaza alta, hermosa: lo que llamamos «una mujer formidable». Duvirgen iba un poco rezagada. Su hermana llegó antes que ella, que tuvo que apresurarse para hacer las presentaciones. Pero ya volvía a embujarme mirando a donde no debía mirar, y se me iban los ojos... Duvirgen...

El rato que estuve solo ensayé lo que diría a la belleza, a la que recuerdo muy bien por haberla visto ahora a menudo. Era alta, muy blanca, los ojos y el pelo negrísimo; la boca, de gesto dulce y orgulloso a la vez, muy bien pintada. Había en toda ella un dejo de tristeza y prevención. Las facciones refinadas: perfectas.

—Todos los que me han hablado de su belleza no han sabido expresarla, es Vd. es Vd...

Me entraron ganas de llorar. No podía seguir porque tenía los ojos fijos en Duvirgen y la mano de su hermana retenida sin notarlo. Duvirgen se divertía grandemente a mi costa. Su hermana hizo un gesto de impaciencia y, con bastante brusquedad, retiró la mano. Duvirgen sonreía con la frente, los ojos... creo que hasta su vestido sonreía.

—Le advierto que yo no soy mi hermana; es ésta.

Encendido, jadeante, como si hubiese andado veinte kilómetros en media hora, me volví a la belleza.

—¿Quiere bailar?

No pude decir más. Era mi último esfuerzo, mi salvación para librarme de Duvirgen.

Creo que en el intermedio de aquel baile me fuí, olvidando que estaba con una belleza, a perderme en el jardín contemplando el profundo y brillante cielo catalán, los cuidados jardines, las lindes fuentes, un alegre grupo balanceándose en un columpio sobre un breve lago... contemplándolo todo en las expresiones de Duvirgen que todavía no sé como estaba a mi lado, o yo al suyo.

Nos casamos. ¡¡Porqué era imposible!!

CORAL MONTAGUD

PAÑERIAS MOIX

Fábrica en SABADELL:
Blasco de Garay (Vapor Codina)

Despacho en Sabadell:
San Cucufate, número 118

SUCURSAL EN GRANOLLERS: PLAZA DE PERPIÑÀ, 16

Regentada por SANTIAGO RIBAS

Unico que vende directamente de fábrica al público